

EL HOMBRE QUE DE NIÑO JUGABA CON DINAMITA¹

Gutierrez Adrián Pehuen²

Sinopsis

Un hombre anciano decide saldar cuentas de un pasado muy remoto, para ello se refugia en el follaje de un cerro, por la noche, y vigila una casa solitaria; lo acompaña Silicio, su gato. Juntos esperan el momento adecuado para detonar la dinamita que instaló cerca de la puerta, pero la detonación falla y el hombre cambia de planes.

Autor - Pehuén Gutiérrez

Actúa - Ariel Osiris

Diseño de vestuario - Maite Corona

Diseño de escenografía - Maite Corona

Diseño de luces - Lucas Orchessi

Diseño sonoro - Gabriela Calzada

Realización de escenografía - Maite Corona, Walter D. Lamas

Dirección - Pehuén Gutiérrez

1

Un hombre viejo, con su bastón y canil con felino dentro, se refugia del claro de luna entre el follaje del cerro. Vigila una casa solitaria. El gato se queja.

No me haga berrinche. Estamos prontos, Silicio. Aguántese. Parece mentira, si hasta llegué a creer que nunca...

El gato vuelve a maullar. EL hombre abre la puerta del canil.

¹ Estrenada en el teatro Anfitrión de la ciudad de Buenos Aires en septiembre del 2023.

² Trabajador Independiente. Autor y director teatral. Buenos Aires. Argentina.

Está bien, estire las piernas, pero no se me vaya muy lejos. Contemple. ¿Lo ve? Desde acá no se nota, pero es más viejo que yo.

La primera vez que lo vi quise matarlo.

Golpeó varias veces la puerta. Me quedé como una estatua y contuve la respiración.

Abrió igual el muy inoportuno. Ahí me vinieron las ganas...

Finalmente...

Para cuando él entró ya estaba fría, y se me habían enfriado los muslos. Un poco la había limpiado, pero siguió sangrando y un hilo viscoso me manchó la rodilla. ¿Usted se la va a llevar? Y sin darme cuenta apretaba, con fuerza, las orejas, que ya no volvían a su forma habitual. No, vengo a estar con vos hasta que llegue la ambulancia. Las ganas de matarlo se me fueron, de golpe, y pude verlo: apenas una pelusa de bigote, tenía el pelo revuelto y las mangas del uniforme eran mucho más largas que sus brazos. “Soy el nuevo cabo del destacamento, recién llegué al pueblo y me mandaron para acá. ¿Puedo?” Le daría cosa la situación, porque miraba para otro lado. Se hizo de noche y la ambulancia no llegaba. Me preguntó si podía cocinar algo, le dije que sí con la cabeza y le señalé la cocina. Al rato volvió con una olla repleta de fideos con estofado. Él comió en la mesa y yo apoyé el plato en la sien de mamá; seguía sentado con su cabeza en mis muslos. A la madrugada se quedó dormido en la mesa y se despertó recién cuando el camillero golpeó la puerta, ya se había hecho de día. “Tenían que venir ayer”, les reprochó. “¿Dónde está la occisa?” Fue toda la respuesta que obtuvo. Los de la ambulancia se pararon enfrente nuestro sin emitir palabra; entendí el motivo y levanté los brazos dándoles el permiso. Cuando la cargaron en camilla vi las orejas deformadas, la marca que le había dejado el plato, y el hilo de sangre que seguía colgando de su boca.

Me acompañó a mi cuarto, me acostó y se quedó sentado en la punta de la cama, un rato largo, mirándome. Yo no podía despegar la vista de la mancha de humedad que había justo arriba de mi cama; donde antes veía las crines de un zaino, me encontraba con los pelos de mi mamá. De golpe se puso de pie, me saludó, de lejos nomas, y se fue. Yo me quedé mirando a mi mamá en el cielo raso.

Ahogando el grito.

¡Silicio! ¡Silicio! Cautela, Silicio, es noche clara y por un descuido nos pueden ver. En cualquier momento le toca riego a la acacia. ¿Qué le estoy diciendo? Acá cubren la retama y los árboles, ahí delata el claro de luna. Le gusta verla. A mí ya me aburre. No, no me aburre, me desespera. Es como un reloj. Las estrellas son más mansas, en apariencia al menos, la cruz del sur sigue ahí desde la primera vez que la vi. Eso, venga que desde acá lo vemos igual al hombre, y es más seguro.

A la tarde volvió para ver cómo estaba... y ya no se fue; por cuatro años no se fue. Él se ahorra la plata de la pensión y yo tenía alguien que me cuidaba. De la misma manera que yo lo cuido a usted. Café con leche y tostadas con manteca en el desayuno, siempre se le quemaban un poco, pero yo no decía nada, me gustaban igual. Después me llevaba al colegio, hasta la puerta, me veía entrar y se iba a la comisaria. Todos sabían que no era mi papá, pero un día que me descompuse lo llamaron a él. A los cinco minutos estaba llevándome a casa, me hizo un té con limón y no volvió a trabajar hasta el día siguiente. Y así, llevándome a la escuela, fue que conoció a la escuálida. Era maestra, no mía, de otra división. Cuando se podía íbamos a pescar, yo me aburría como un hongo, pero a él se lo veía muy tranquilo tirando una tanza a la laguna con una lombriz ensartada en un anzuelo, esperando que algún pez caiga en la trampa, así que lo acompañaba siempre. A mí lo que más me gustaba era el reflejo del sol en la laguna al atardecer. Miraba los atardeceres sentado junto a él y tomaba mate cocido directamente del jarrito chamuscado por el fuego. Si sacaba algo, aprovechábamos las brasas para cocinarlo.

Cuatro años, Silicio. Claro que éramos distintos. Ocho contaba yo, y él diecinueve.

A la casa no le va a pasar nada, el árbol me da lástima, pero voy a plantar otro, uno distinto, que de flores. Un Azahar de la China, para no olvidar. Es así nomás, Silicio, las heridas hay que cerrarlas. Usted, cuando las tiene, las lame; yo me pase una vida salándolas.

Hoy cauterizamos.

Pensar que él me enseñó. Regalo de cumpleaños fue. Diez años de mi natalicio se cumplían ese día. Íbamos a ir a comer al pueblo. Me puse el pantalón largo que me había regalado la noche anterior, ni bien se hicieron las doce; la única camisa que tenía,

blanca; y un moño azul marino. Él tenía puesto un traje marrón, me acuerdo. Y así, empilchados como para la televisión, salimos. Pero un derrumbe había bloqueado el camino. La picada estaba obstruida por completo. Cinco metros de piedra. Y no era como ahora, Silicio, que se puede ir al pueblo por ahí, o por allá también. Era el único camino. Ya estábamos resignados, teníamos que esperar a que se den cuenta y manden máquinas, cosa que podía tardar varios días, cuando pronunció la frase mágica:

-Con dinamita lo resuelvo en cinco minutos.

Y me acordé de mi papá. Un día antes de ir preso, con sus amigos, hicieron un pozo muy grande en aquella ladera del cerro, y enterraron explosivos. Los vi porque mamá estaba ocupada y me escapé. Papá insistió tanto en que no tenía que ir con ellos que no pude resistir la tentación. Escondido entre retamas vi como hicieron un pozo inmenso, lo aseguraron con maderas, y guardaron paquetes en él. Poco antes de que terminaran empezó a oscurecer y cambió súbitamente la temperatura. No tenía abrigo. El viento me enfrió la espalda y la tierra los pies; la nariz me picaba y la apretaba contra mi brazo intentando evitar lo inevitable. Cuando no aguanté más estornudé, fuerte, sin poder controlarlo. Me llevó de la oreja hasta la casa, todo el trayecto, los cuatrocientos metros. No me soltó ni un momento, a pesar de los gritos y de las patadas y piñas que le iba pegando en las piernas, las costillas y el culo. Todavía me ardían las orejas cuando vi como lo esposaron y subieron al camión. Lindo el último recuerdo que tengo de papá. Nunca supe para que eran esos explosivos, en el pueblo se decía que pensaban volar el tren que se llevaba la piedra de las canteras. De los últimos anarquistas mi papá, Silicio. Según mamá un idealista pelotudo.

Dos paladas y sentimos algo, dos paladas nomás. Era la tapa. La abrimos y se quedó petrificado. Cuando logró reaccionar me dijo que había dinamita para que una cantera trabaje cinco meses. Sacamos lo necesario para liberar el camino y volvimos a tapar todo. Se quitó el saco, se arremangó la camisa y empezó. Primero peló las puntas de los cables, después sujetó la dinamita con masilla, dejó el paquete en el centro del derrumbe y, por último, extendió la mecha de pólvora hasta acá. En este mismo árbol nos protegimos, Silicio. No me quiso contar dónde había aprendido.

“¿Estás listo?”

Le dije que sí, entonces encendió un cigarrillo y con él quemó la punta de la mecha, inmediatamente chispeó y empezó el recorrido que seguí atentamente hasta que cruzó su brazo por mis hombros y ejerció una suave presión. Calorcito lindo acá. Me desconcentré y perdí de vista la chispa. La explosión me tomó desprevenido, pero no me asustó, no, me maravilló, Silicio. Al mismo tiempo que las piedras volaban por el aire, algo se me despertó adentro.

Cada vez que él se iba a la comisaria, cruzaba esa ladera del cerro y hacía mis experimentos. Con cada explosión sentía que mi cuerpo se llenaba de felicidad. Y usted sabe cómo es la felicidad, Silicio; una vez que la encontramos no queremos que nos abandone. Pero la señora va y viene, nunca se queda quietita junto a uno. Y a fuerza de explosiones terminé en el instituto.

El día anterior me había dicho que se iba a vivir con la escuálida. Asoció por ese lado, pero fue coincidencia, fatídica coincidencia.

Llovía a baldazos, me estaba poniendo la campera para ir a ver si se mojaban mis juguetes nuevos cuando golpearon la puerta. Espié por la mirilla y estaba ella: flaquita, mojada y llorando como una nena. Agarré las frazadas que había preparado y salí, sigilosamente, por la puerta de la cocina. Apenas unas gotas cuando abrí la tapa, nada más. Las sequé con una de las frazadas y la otra la puse en el piso para sentarme; cerré bien la tapa y ahí me quedé quietito, con humedad y olor a pólvora. Cuando salí del pozo ya era noche cerrada. Cerca de la casa vi que de la chimenea salía humo, y supe que estaban los dos adentro. Faltaban por lo menos tres semanas para que empiece el frío que nos obligaba a encender fuego, ni siquiera habíamos acomodado la leña. Recostados en el sillón estaban, tomados de la mano e iluminados por la luz intermitente de las llamas. Cuando me vio se incorporó de golpe. “Me tengo que ir a vivir con ella”, dijo, así nomás, sin preámbulo alguno. “vos podés ir a visitarnos cuando...”, pero no lo terminé de escuchar. Me fui a mi cuarto, a imaginar cómo sería mi vida estando solo, ahora sí, completamente solo. Y a llorar.

De golpe, como recordando para que está, vuelve a mirar la casa.

¿Será que el perro se durmió sin orinar? La luz sigue prendida. El señor se durmió, no el

perro. Un drama volverse viejo, Silicio. Más que un drama, una tragedia. Lo que es por mí, ningún apuro, espero a que se despierte... una vida esperando, ¿qué me puede hacer un rato más?

Espera entonces.

¿Qué le estaba contando, Silicio? Ah, sí, me acuerdo, me acuerdo... del instituto. De como llegué. A esas piedras se las había jurado hacía tiempo; eran dos, bien grandes y con formas raras, no me gustaban. Justo dónde se tocaban coloqué el atado, y la mecha la extendí hasta otra piedra que usé para protegerme. Encendí el cigarrillo que le había robado y con él toqué el final del caminito de pólvora, la chispa empezó su recorrido. Del otro lado de las piedras apareció una persona que, de un salto, se sentó sobre una de ellas, destapó su cantimplora y se la llevó a la boca. ¡Tenga cuidado que hay... no llegué a terminar la frase. Estaba aturdido y cubierto de polvo cuando la cabeza, con los ojos abiertos y la cantimplora en la boca, cayó justo al lado mío. La pateé con fuerza, y corrí y grité asustado. Llegué a casa, me escondí debajo de la cama y me hice pis; pero no puede moverme hasta la mañana siguiente. El pantalón ya estaba seco, la tela se había endurecido y se me había pegado a la pierna.

Toc, toc, toc.

“Tenemos que hablar”.

Ni buen día me dijo. Ya se había enterado.

Alguien se murió por mi culpa. No, por mi culpa no, por culpa de mis experimentos, pero fue sin querer, no tuve intención de hacerle daño a nadie. Y así, sin bañarme, me llevó a ese “lugar”. No me habló en todo el trayecto, yo creía que era porque estaba enojado, cola de paja tenía. Al llegar vi a la escuálida hablando con un tipo de guardapolvo blanco, impecablemente planchado, y tuve la certeza de que el castigo sería exagerado.

Mire, Silicio, mire. Mire como se mueven las siluetas atrás de las cortinas. El can germano ya debe tener la vejiga repleta. Venga que desde acá es palco, ahí se va a quedar en el pulman. Se abre la puerta. ¿Está listo? Ya se levanta el telón, Silicio. Una vida esperando este momento. Al fin, Silicio, al fin.

*El hombre levanta su brazo al cielo y aprieta el interruptor, pero no hay explosión.
Vuelve a presionar, otra vez, una tercera. Nada.*

Me cagó en las nuevas tecnologías.

Aporreando el control remoto.

Vamos...

¿Ya está? Vejiga de Caniche tiene.

Insistiendo con el botoncito.

No entren que todavía...

No funcionó.

¿Ahora qué hacemos?

Lo tira al piso

Recoge una piedra y la mira en su mano.

Venga, Silicio. Volvamos a casa.

2

El hombre, perplejo, observa su antigua casa. Silicio ronda por ella.

Esta no es mi... mi casa no es así, Silicio.

El hombre encara por uno de los pasillos, pero se detiene.

Mientras yo leía libros compulsivamente y caminaba por el parque del instituto, el señor se dedicó a borrar los recuerdos de mi infancia. Hasta cámara frigorífica, debe ser larga la descendencia. Linda propiedad para juntar a los nietos.

Con la vista fija en la cámara frigorífica.

Ahí, dónde el señor mandó a poner una heladera gigante, estaba el lavadero, y fue dónde mamá empezó a toser sin poder controlarlo. Todo cubierto de sangre quedó, la ropa que

lavaba, la tabla, la bacha, y ella también, con su cara pálida, manchada de sangre. Es muy sucio morir de tuberculosis, o por lo menos lo era en esa época.

Silencio.

Golpea la puerta de la cámara frigorífica.

Silencio.

Certero el golpe, Silicio, lástima que no tuvimos espectáculo. Tendría que haber ido sobre seguro. Espectacular fue la reacción del perro, a la primera oportunidad se dio a la fuga. Debe ser un viejo choto y maltratador.

El hombre acerca el oído a la cámara frigorífica.

Pulso tenía.

Se escuchan golpes dentro de la cámara frigorífica.

La mordaza parece resistir, Silicio. Esa técnica no me la enseñó el señor, esa no. La aprendí en el instituto, igual que los precintos en los tobillos y las muñecas. A mí nunca, por suerte. Pero tenía compañeros que se ponían muy nerviosos.

Más golpes.

Lástima que no tengo algún inyectable, que si no lo duermo un día entero. *Silencio.*

Mejor así.

Doce por veinte da doscientos cuarenta. Doscientos cuarenta oportunidades para verme la cara, y ahora se viene a desesperar. Cada una de ellas está marcada en el Azahar de la China del parque del instituto. Con las uñas las hacía, y hasta que no sangraba un poquito no paraba. Muro de cárcel el tronco.

Nuevos golpes.

Ahora es tarde, así que tranquilito ahí adentro.

A los cuatro meses me di cuenta, y solito, nadie me dijo nada. El último día hábil de

cada mes. A la mañana, bien temprano, me escondía atrás del árbol, y esperaba su llegada. Dudo que la escuálida alguna vez lo haya esperado con tantas ganas. Treinta y siete pasos. Desde que se bajaba del auto hasta al apretón de manos con el doctor en la puerta de entrada. Y con verlo caminar esos metros podía darme cuenta de cómo estaba; si era feliz, si estaba cansado, inclusive si había discutido con la escuálida, o si el comisario lo atosigaba de más para que usted sea un brazo de su accionar corrupto. El jefe es el jefe, ¿no es cierto?

Doscientas treinta y nueve, ahora que lo pienso, porque hay una que no cuenta. Llegaron juntos. Ella no estaba para nada flaca. Sería el segundo o el tercero. ¿Cuántos tuvieron? Al rato viene un enfermero y me dice que tengo visitas...

Quería verlo, pero solo, como antes; por eso no fui. El enfermero, o el mismo doctor, le fueron con el cuento de mi escondite y no se aguantó, cuando se iba tuvo que cogotear. Ella no lo hizo, solo usted me buscó con la mirada, pero yo fui más rápido y me escondí bien pegado al tronco.

Así no tenían que ser las cosas.

Silicio golpea la ventana y maúlla.

Compórtese, Silicio. Estoy hablando con el señor, enseguida le abro.

A la cámara frigorífica, casi confidencialmente.

“Mañana te vienen a buscar”, me dijo el doctor, así de la nada, y se me cayó el tiempo encima. Descubrí que ese hombre ahora tenía canas, se le había encorvado la espalda y agrietado la voz, solo el guardapolvo conservaba el aspecto impecable del primer día.

- ¿Me voy?

- Y él te va a ayudar en todo lo que necesites.

- Dígale que voy caminado.

Caminar más allá de los muros del parque del instituto fue una experiencia que se acercó a la felicidad. Y la reconozco bien, porque la viví poco. Apenas crucé el portón sentí que el aire era otro, más liviano, y entraba directo a mis pulmones. Fuerte la

libertad ¿no? Y así, como flotando, hice casi todo el camino. Hasta que vi la casa. Ahí el corazón me empezó a latir a una velocidad desconocida, si hasta me miré el pecho, sorprendido como estaba. Esos latidos me obligaban a caminar más rápido, era inevitable. Pero al hacer foco me detuve en seco. Algo no estaba bien, un zumbido en la armonía no me permitía seguir avanzando. Vi un árbol al costado del camino y me escondí...

A Silicio...

El mismo que nos ocultaba ahí afuera.

Me di cuenta enseguida. No estaba solo. Para variar, lo acompañaba la escuálida. Muy bien vestidos los dos. Los vi ordenar una mesa, había abundante comida, una botella de vino, copas, un mantel cuadriculado rojo y blanco; la casa estaba recién pintada, se notaban los arreglos en el techo y abajo del árbol había un auto estacionado, entonces comprendí: ya no era usted, eran ustedes. Y yo no tenía nada que hacer en ese dúo. Empecé la vuelta al instituto, pero no llegué. Mientras desandaba la picada me acordé del secreto de mi papá y sus amigos. Increíble. No faltaba ni un atado de explosivos. ¿Los guardó tan en silencio como para olvidarse? Pasé un rato largo en el pozo, a oscuras y en silencio como cuando era chico, intentaba comprender porque no los había entregado a su jefe. De golpe me di cuenta de que me estarían esperando; entonces busqué un lugar en el monte, entre árboles, e hice un pozo nuevo. De pala usé los huesos de una vaca. Ya estaba por irme cuando lo vi llegar al antiguo escondite. Se agarraba la cabeza y miraba para todos lados, después salió corriendo. Y yo me fui del pueblo. Me anoté en una escuela nocturna para hacer el secundario; en el instituto podía leer todo lo que quería, pero no había maestros. Enseguida conseguí trabajo en una librería de usados, primero limpiando, después atendiendo, y cuando el dueño se murió me la quedé yo. Venía los sábados y domingo para estudiar sus movimientos, pero a ustedes también se los había tragado la tierra. Más de tres años tardaron en volver. Tres años, cinco meses y once días. ¿En verdad creyó que era tiempo suficiente?

Nuevos golpes dentro de la cámara frigorífica.

Calma, calma que no funcionó, por algo estamos acá después de todo. No esperé cuarenta años, desde la mañana que recuperé mis explosivos, para darle un piedrazo en

la cabeza solamente.

Silicio golpea la ventana y maúlla a la luna.

A Silicio...

Metejón importante el suyo con la señora plateada.

Abre la ventana

Ahí tiene, salga y contemple con tranquilidad, pero no se me aleje.

Ya ve, le gusta la luna nomás.

Apareció en casa un día de lluvia, entró por la ventana, la tenía abierta porque fumaba en esa época y no me gustaba que se encicie el aire. Chorreaba agua y tiritaba de frío el pobre. Al principio lo quise sacar carpiendo, porque me estaba ensuciando el piso, pero en vez de salir por dónde entró se metió abajo del sillón. Ni a escobazos lo pude sacar de ahí, cuando me cansé le puse un plato de leche tibia cerca de la estufa y lo dejé tranquilo. Me senté en el sillón

con un libro y hacía que leía, pero en verdad estaba espiándolo. Como dos horas tardó en salir. Después de tomar la leche se acercó, me olió los pies y se frotó. Me dejó secarlo y esa misma noche durmió en mi cama. Hice con él lo que usted conmigo, pero yo no lo abandoné...

Le estaba contando otra cosa. ¿Qué era? ¿Se acuerda?

Le contaba del pozo que hice para mudar los explosivos... pero no era eso... Me cago en la vejez.

¿A usted también le pasa que se olvida de las cosas que está haciendo?

Porque me puedo olvidar que dejé leche calentándose en la hornalla, pero los años con usted los tengo como una película en la memoria.

De mis tareas de inteligencia le contaba.

Viernes a la madrugada me tomaba el colectivo, sábado bien temprano ya estaba acá. Nadie se acordaba de mí, entonces me hacía pasar por turista. ¿Sabe una cosa? Estuve a punto de olvidarme de usted. Capaz que, si aguantaba dos semanas más antes de volver,

yo dejaba de venir. Lo tenía decidido, eran las últimas tres veces. La anteúltima, domingo a la mañana, paso por su casa y veo las ventanas y la puerta abierta. Bingo.

Pero yo lo quería acá...

Eso llevó más tiempo...

Finalmente...

Acá estoy. Acá estamos.

¿Me imaginó muerto?

¿Fue cuando llegaron los nietos que se le ocurrió volver?

Yo no tengo. Tampoco tuve hijos. De hecho... nunca... un día se me empezó a poner dura. Una de las enfermeras fue; el perfume frutado y los rulos rubios, tenidos, que le caían sobre los hombros. La esperaba en la puerta de entrada, la saludaba, la veía pasar y olía el perfume que dejaba suspendido en el aire. Cuando ya no supe que hacer le mostré lo que me pasaba y le pregunté si me podía ayudar, ella salió corriendo y gritando. Para los nervios me dijo el doctor, y me dio la inyección. Mirando una película me di cuenta de lo que me habían hecho, y después busqué en libros de biología.

Afuera se escucha una riña de perro y gato.

¡Silicio!

El hombre, se dirige a la puerta, se frena en seco al escuchar el último bufido del felino.

3

Improvisada tumba felina, en el mismo lugar dónde vigilaban la casa. El hombre tiene un cuchillo, grande y ensangrentado en las manos.

Descubrí el error, Silicio. Lástima que fue tarde. Lo voy a extrañar amigo. La transmisión era el problema, cuestión de soldar dos cablecitos. Ya está.

Su último bufido fue como un punto final; después: nada. Un blanco absoluto. Dejé de

sentir las piernas, los dolores en las piernas, esas puntadas insoportables en las rodillas me abandonaron por un instante. Inclusive llegué a olvidarme del señor, hasta que escuché ruidos en la galería. Entonces supe, era su asesino, estaba de vuelta el can germano. Abrí la puerta y lo esperé escondido atrás de ella. Antes agarré el cuchillo más grande que encontré en la cocina. Aquí se lo dejo.

Lo deposita en el montículo de tierra, al lado de la cruz.

Por la ranura que deja la puerta abierta lo vi entrar. Venía con usted entre los dientes. Con la presa al calor del hogar. Lo dejé pasar y en un movimiento rápido y preciso le ensarté el cuchillo en la panza, hasta el fondo. No se movió, ni ruido hizo siquiera. Cayó duro al suelo. Hasta tuve que abrirle la boca para sacarlo a usted, y no fue fácil.

Señalando el cuchillo.

Con este mismo le tuve que hacer unas incisiones en las comisuras, no lo quería largar. Al final teníamos algo en común con el can germano.

Los dejé a los dos juntos. Quería que sufra lo mismo que yo, que tenga que compartir un rato con la ausencia de vida en un cuerpo que le fue tan querido. Lloraba el hombre.

Me despedí, como corresponde, lo agarré a usted, y me vine para acá. Capaz que ya se mató, pero no me importa, yo tengo un compromiso con usted y lo voy a cumplir.

El hombre se sienta junto a la tumba, presiona el botoncito del control remoto, contempla la explosión y llora.

Fin.



Pehuén Adrián Gutierrez. Es autor y director de teatro. **Profesor Superior de Teatro**, título otorgado por la **Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires** (2010). Cursó la **Maestría en Dramaturgia del Instituto Universitario Nacional de Arte** (IUNA), actual UNA. Durante 2013, 2014 y 2015 cursó el taller de puesta en escena dictado por Rubén Szuchmacher y Graciela Schuster en **Elkafka Espacio Teatral**. Trabajó como asistente de dirección de Rubén Szuchmacher en **Todas las cosas del mundo** (2016), obra escrita por Diego Manso; en **Hamlet** (2019), de William Shakespeare, estrenada en la Sala Martín Coronado del Complejo Teatral de Buenos Aires; **Cuando nosotros los muertos despertamos** (2022) de Henrik Ibsen, estrenada en la sala María de Guerrero del Teatro Nacional Cervantes. En el 2015 su obra **Partitura inconclusa para dúo desafinado**, fue ganadora del concurso de Dramaturgia Nuestro Teatro, organizado por el Ministerio de Cultura de Nación, y estrenada en el Teatro El Picadero con la dirección de Silvio Lang. Entre sus trabajos se destacan **Córnea** (2013), de su propia autoría, estrenada en Elkafka Espacio Teatral. Esta obra le valió nominaciones a los premios ACE y Florencio Sánchez a Ana Padilla, actriz de dicho espectáculo. **Biografía** (2018), también de su autoría, estrenada en el Teatro Payró, fue ganadora del Premio ARTEI a la producción independiente 2018.